El himno nacional del carajo

Por el ilustre poeta Don Francisco Acuña de Figueroa

Un librito depravado en la ola represiva

Mario Zanocchi ha tenido la brillantísima idea de lanzar el mes pasado, una edición fascimilar de la hasta ahora secreta *Nomenclatura y Apología del Carajo*, (*) de Acuña de Figueroa, que apareciera, por primera vez, en 1922 "para la circulación privada". La idea andaba en el aire, porque, al mismo tiempo, había entrado el mismo proyecto al Grupo Uno.

Y si fue brillante la idea, no fue sólo por rescatar un documento sorprendente de verdadera literatura marginal uruguaya, sino porque coincidió casualmente, con la elevación de la creciente ola represiva, que, con más o menos discreción, se ha venido montando en el país desde todas las tiendas, ante la caída de la censura sexual. Algunos hechos: 1°) se encapucharon las publicaciones eróticas; 2°) el caso Larroca; 3°) un proyecto municipal para impedir la exhibición de afiches en los cines pornos y luego, pequeños síntomas de alarma significativos, como p. ej., el artículo nostálgioso por la dictadura heterosexual, que hizo que César di Candia, en la "progre" Guambia (número paradójicamente destinado a satirizar la censura), llegara hasta a idealizar la prostitución, alarmado por la invasión gay. Conclusión rápida: el sexo, en el Uruguay de hoy, es más subversivo que los tupamaros, que ahora son nombrables y matean con nosotros.

De todos estos elementos, el caso Larroca, tal vez, sea el más trascendente, sobre todo, porque deja en claro tres aspectos importantes: 1°) tiró definitivamente abajo el mito de que el Uruguay es un país culto. La mayoría de nuestra clase política, que se supone es lo más granado de nuestra inteligencia, se puso frenética, de Jude a Rodríguez Camusso (con algunas excepciones), en una actitud troglodita que se codea con las militares; 2°) demostró que ninguno de los partidos actuales (sin excepciones), tiene una política sexual, aunque desde los años veinte, me he venido encontrando con artículos que claman por una educación sexual en las escuelas y 3°) que es una moral hostil a la sexualidad, la que domina aquí, hoy por hoy, como lo hizo ayer por ayer. ¿Pero cómo es posible que en una democracia, liberada del oscurantismo católico, desde hace tanto tiempo, se haya dejado el tema de lado y se persista, no solamente en ignorarlo, sino también en reprimirlo?

Teóricamente se supone que la izquierda es lo más avanzado del pensamiento político, pero nuestro FA, no sólo no ha hecho ningún aporte a la materia, sino que nada tiene que envidiarle, en el tema sexual, a la más recalcitrante derecha. Ahí se dan la mano. Al igual que lo hacen católicos y comunistas. A través de las discusiones orales, he podido comprobar que el gran argumento con que se quiere impedir el planteo de la cuestión, es que el problema del hambre y la desocupación, están primero, o sea, que hay que democratizar la comida, antes que democratizar el orgasmo. Esta postura no sólo intenta escamotear la discusión, sino que encubre un puritanismo ideológico, de raíz católico-burguesa, similar al que hemos visto desarrollarse, desde Lenin a Fidel Castro. Muy bien guardada en el refrigerador quedó Alejandra Kollontay y algunos otros. Pero Fourier, desde mucho antes, sabía que no podría haber "revolución", hasta que la trinidad de la cabeza, el estómago y el sexo, no se combinaran para producir la armonía libertaria. ¿Tendremos que esperar al siglo XXII, para que estas voces, cuidadosamente ocultadas, puedan hacerse oír por estos lugares?

La saludable pornografía

No deja de ser divertido y hasta casi una efervescente metáfora de esta patología de ser uruguayo, el que la veleta política que fuera don Francisco Acuña, nos haya, no sólo escrito el Himno Nacional, sino que también nos obsequiara esta *Apología del Carajo*, que no es otra cosa que una exaltación del miembro viril. Si dijéramos simplemente que se trata de una de sus composiciones erótico-libertinas, que se inscribe junto a otras de carácter patriótico, amatorio, fúnebre, religioso, epigramático, etc. —como él mismo las clasificó—, no estaríamos haciendo otra cosa que neutralizar la significación del libro, con una información histórica, típica de un discurso crítico que quisiera salir del paso y tranquilizar la buena conciencia cultural, con relleno enciclopédico.

La significación viva está en leer la *Apología* como un palimpsesto del Himno Nacional; así logramos que, después de rascar el pergamino de la grandilocuencia patriótica, se nos aparezca una soberana carcajada de incredulidad, donde todo el heroísmo militar que destila esa composición que con tanta unción cantamos en las escuelas, se transforma en el heroísmo de una soberana erección priápica. ¿No hay, acaso, aquí toda una alegoría de nuestra hipocresía, de nuestra doble moral? ¿No surge, también, algo así como la revelación de que nuestra "cultura" no es más que un empaquetamiento liceal timorata, obsesionada por la trascendencia afectada del buen alumno? Para encontrar algo similar a la *Apología del Carajo* en Uruguay hay que irse a la tradición popular y a los baños públicos. Sólo en la imaginería de ese "hombre medio", invocado para impedir una exposición de dibujos, se encuentra la explosión de una vitalidad sexual desenfadada, esa que se regodea en la obscenidad sin culpa y sin eufemismo y con una "depravación" que haría lagrimear de reconocimiento y ternura al Marqués de Sade. Y quien no me crea, que lea los *Textos eróticos del Río de la Plata*, recopilados por un antropólogo alemán, allá por los veinte y que hace sólo unos pocos años apareciera en edición española en la Argentina (puede consultarse en la Biblioteca Nacional).

Se sabe muy bien, que la pornografía es una categoría vacía, "un término normativo, en el que se expresa lo que una sociedad y su moral quieren que se interprete como 'deshonesto'" (Anton-Andreas Guha). Y en Uruguay, excitarse, fantasear, procurarse aventuras sexuales, gozar, es "deshonesto" y deben tomarse todas las medidas preventivas adecuadas para que ello suceda lo menos posible. Salvo, claro, que uno se decida a "cumplir ceremoniosamente su misión prolífica en las cabañas de la sociedad" (léase matrimonio), al decir del marginal Roberto de las Carreras.

Nuestro eximio prohombre literario estaba, sin embargo, encantado con su miembro y con todo lo que podía hacer con él y decidió, entonces, tomarlo como motivo de alto elogio estético, porque se ve que, para él, los placeres de la cama constituían una de las más altas experiencias del arte y la cultura humanas Y para demostrarlo recurre a una prueba lexicográfica: el sexo masculino tiene más sinónimos y nombres en castellano "qué título tenía el Rey de España". Los estudiosos de semántica nos dicen que, la proliferación de designaciones para un mismo objeto, son un indicio de que ese objeto constituye un centro importante de preocupación cultural, un núcleo vital del cual se desprenden infinidad de nombres, de imágenes, de símbolos. Y es lo que la *Apología* demuestra con divertidísimo ingenio, contra toda la pacatería dominante de ayer y de siempre. No son las altas jerarquías del Poder político y religioso, ante quien el lenguaje despliega toda su fuerza creativa y poética, es, por el contrario, frente al sexo:

Pero hay de grande aprecio entre los hombres
un cierto pajarraco, o alimaña,
que tiene más sinónimos, y nombres
¡que título tenía el Rey de España.

Yo, por tal de evitaros el trabajo
de una investigación algo penosa,
diré que esa alimaña, o quisicosa
¡no es el Papa, ni el Rey sinó... el Carajo!

y, a partir de este momento, en un alarde acalambrante de erudición popular, se descargan veintisiete estrofas más que se remiten a contabilizar todos los sinónimos del carajo:

Miembro viril, o miembro solamente
le llama el diccionario.. ¡Qué mezquino!
sus nombres en el uso más frecuente
Son el nabo, el zurriago y el pepino
El priapo, la porra y el chorizo
el rábano, la pija y el badajo;
picha y ciruela en Español castizo
son sinónimos todos del Carajo.

Acuña de Figueroa, poeta de vanguardia

Coincido en parte con el juicio de la contracarátula de esta nueva edición en que "el libro no pasa de ser un brevísimo ejercicio". Sí; si lo consideramos en sus valores intrínsecos y lo analizamos aisladamente. No; si lo vinculamos con la actual práctica poética. Creo que, en general, —y sé que esto es una apreciación grosera— los jóvenes poetas de hoy oscilan, por un lado, entre la literatura "comprometida", tal como la definió el sesenta, donde tenía que demostrarse que el artista estaba preocupado socialmente —pero con un acento tan particular que todos interpretábamos esa "preocupación" como una afiliación partidaria. Y por el otro lado, se está tratando de rescatar cierta actitud de vanguardia, de signo dadaísta y surrealista francés, con un poco de la tendencia subterránea norteamericana más cierto experimentalismo lingüístico. El grupo UNO, en este sentido, me parece que ha querido lograr la fusión de ambas líneas, intento que los está llevando a una especie de parálisis, de castración, porque el proyecto de lograr una escritura revolucionaria para la revolución, mostró claramente sus incompatibilidades (aquí tendríamos que revisar a la Peri Rossi y conocer hasta dónde llegó Ibero Gutiérrez), más allá de que aquel proyecto revolucionario se desplomó por estas comarcas. Insistir por ahí, sólo puede producir el despiste, que se nota, p. ej., en el último libro de Macunaíma, "Fantasmas en la Máquina", donde trata de hacer abrazar a Fidel con Allen Ginsberg, ¡mientras Ernesto Cardenal se persigna! La idea es sugestiva, pero se corre el riesgo de que por quedar bien con Dios y con el Diablo, uno no sepa bien cuál es el culto y todo quede en aguas de borrajas: una literatura del impulso y su freno, para remedar a Real de Azúa.

Creo que un proyecto de vanguardia, para adecuarse a los tiempos que iniciamos tendría que 1°) hacer que el artista recupere su total independencia del poder político-cultural, sea éste del signo que sea ("trabajador de la cultura" es uno de esos nuevos anzuelos ideológicos) y 2°) romper definitivamente con la trascendencia literaria, que es uno de los signos más claros de la institución poética dominante. Para eso, se hace necesario una actitud de impiedad liberadora (¿por qué no pintarle los labios al Che?). Es necesario recuperar la intrascendencia. El derecho a la estupidez y al desenchufe, significan hoy una rebelión contra todo ese discurso estético que sistemáticamente ha aplastado la apetencia a gozar de nosotros mismos, sin pagar peajes de conscientes. En este sentido, el incipiente movimiento de inscripciones callejeras constituye un acto de irreverencia que se perderá con el beneficioso paso del tiempo, pero que habrá servido para abrir un nuevo campo literario más excitante y fecundo.

La *Apología*, puede hoy ser esa vieja voz cascada que nos llega del siglo XIX (¡sí!, aunque Ud. no lo crea), a decirnos que tenemos que empezar a reírnos de todo de una buena vez, empezando por nosotros mismos.

Tal vez, *Los Traidores* pronto nos hagan bailar con un buen "Rock del Carajo".

Uruguay Cortazzo.

(*) El libro puede adquirirse en Tristán Narvaja 1508. Su precio: N$ 80.